

necesaria en la hora actual, cuando el clima ético es más inestable y algunas veces aún deteriorado, no solamente en razón de graves comportamientos que desvían, sino también por no existir consenso en relación con los valores éticos, y por la ausencia de visión común sobre el hombre y la sociedad.

Así como muchos otros grupos y movimientos preocupados por la calidad humana de nuestra vida en comunidad, deseamos, nosotros también, contribuir al saneamiento del clima actual. Gracias a una educación cristiana y al ejemplo de hogares cristianos, queremos proponer una cultura del amor arraigada en una larga tradición surgida del Evangelio.

Alentamos a las instituciones y servicios pastorales que preparan a los novios para el matrimonio. Les pedimos que no quieran poner el acento únicamente sobre la información, sino también sobre la toma de conciencia del valor de la institución matrimonial, tanto para el florecimiento de los cónyuges como para el de los creyentes. Nos sentimos felices también de constatar cuántos cónyuges e hijos se apoyan mutuamente por medio de buenos consejos y por medio de un apoyo real, principalmente cuando el hogar está en peligro o que va mal. Todos estos esfuerzos se verían contrariados o serían inoperantes debido a una legislación en la cual la autoridad se descargaría en el plano familiar de su misión de proteger y de apoyar los valores esenciales.

En cierta medida, la autoridad puede ir al encuentro de las necesidades de aquellos que organizan su existencia fuera de la institución del matrimonio. Ella puede velar para que se beneficien de una seguridad jurídica y social en caso de enfermedad o de muerte de uno de los cónyuges o de un niño. Haciendo esto, debe, sin embargo, velar para que

aquellos que se casan no estén en desventaja de ninguna manera, ni social ni fiscalmente. En todo caso, los hijos deben evidentemente estar totalmente protegidos desde el punto de vista jurídico, cualquiera que sea la situación familiar en la que nacieron. Y aquel que, por razones prácticas, elige la vida común fuera del matrimonio, debe ser incitado por todos los medios a poder optar por el matrimonio en el seno de una sociedad favorable al matrimonio y a la familia.

Un llamado a las autoridades

Hemos escrito esta carta animados por una preocupación profundamente humana y cristiana en cuanto al porvenir y a la salud moral de nuestra sociedad. Estamos convencidos de que el matrimonio y la familia son los fundamentos mismos de ésta. Cada uno comprenderá que la promoción y la protección del matrimonio y de la familia nos importan mucho.

Por estas razones, no podemos estar de acuerdo con una evolución de la legislación que otorgaría un estatuto jurídico equivalente al del matrimonio a otras formas de vida común.

A todos aquellos que están preocupados por un porvenir auténticamente humano para nuestro país, lanzamos este llamado: que reflexionen en las consecuencias que traerán consigo estas disposiciones legales. ¿No corren el riesgo de hipotecar las esperanzas más profundas de la generación que formará la sociedad del mañana? ■

Fuente: *La documentation catholique*, n. 2199

Traducción: Margarita Obregón de Caire

SIGNOS Y PALABRAS DE LA IV VISITA PASTORAL DE JUAN PABLO II

*Manuel Olimón
Nolasco*

P. Manuel Olimón Nolasco. Licenciado en Historia de la Iglesia. Presidente de la Comisión Nacional de Arte Sacro, A.C., Editorialista de *El Economista* y colaborador en diversos diarios y revistas. Miembro del consejo del IMDOSOC.

Jornadas teñidas de humanidad

Antecimientos de tal relevancia como la visita pastoral del Papa Juan Pablo II a México, del 22 al 26 de enero de 1999, no pueden dejar indiferentes a quienes —siguiendo la clásica definición de los «sentidos corporales» y de las «potencias del alma»— estamos convencidos de la importancia de «ver, oír, oler, gustar y tocar», así como de ejercitar «la memoria, el entendimiento y la voluntad».

La impresionante gama de imágenes, sonidos, cantos, palabras, brazos extendidos tratando de alcanzar una mano, saludos, emociones contenidas o expresadas en gritos y llanto que pobló y tiñó de humanidad los senderos del Papa por la ciudad de México es invitación inequívoca a recordar, ponderar, reflexionar y tratar de interpretar y canalizar un extraordinario potencial de energías.

No soy partidario de aislar los textos que el Papa leyó y convertirlos en ámbitos de análisis o en laboratorio de continuidades o discontinuidades, sino de acompañarlos de un generoso acercamiento a los amplios contextos, que no sólo están compuestos por los grupos humanos que se conjuntaron en calles y recintos, sino también por los recursos técnicos y psicológicos que se pusieron en marcha en los medios de comunicación social, muy especialmente en los electrónicos. No es posible ni deseable «tapar el sol con un dedo» y pretender que la presencia papal en México por sí misma hace innecesario poner sobre la mesa ciertas cuestiones relacionadas, por ejemplo, con las formas publicitarias de la visita. El entorno mundial y el social, económico y político de México, además, sufrió cambios notables en los 20 años que han transcurrido entre

la primera ocasión en que el Pontífice estuvo en estas tierras y la cuarta, realizada hace algunas semanas.

Veinte años de conceptos en camino

36 La primera observación que vale la pena hacer —me parece— es acerca del clima de las relaciones Iglesia-Estado, modificado drásticamente y sin manifestaciones traumáticas, a pesar de lo que se pensaba en 1979, en el marco de estas dos décadas. Si revisamos hoy los escritos periodísticos de hace 20 años nos encontramos que la opinión dominante entonces fue la de cautela, cuando no de abierta crítica, a un gobierno que se exponía a la pérdida de su identidad y al olvido de una historia que, se decía, era diferente a cualquier otro país y ello justificaba otras leyes. El contraste entre la distante cortesía del Presidente **José López Portillo** en 1979 y las cálidas palabras, gestos amables y el protocolo casi familiar, emotivo y lleno de color del Presidente **Ernesto Zedillo**, es patente. No cabe duda que durante este tiempo se disiparon los temores del acecho de una teocracia y se fueron manifestando las necesidades de una cultura consciente de la pluralidad y constructora de libertades. La vida ha ido rebasando los moldes jurídicos y del fondo de ella, de su largura y profundidad, han ido apareciendo las herencias comunes, los elementos de diálogo y los dinamismos de futuro. Además, la misma secularidad de la sociedad se ha enriquecido con el reconocimiento de las realidades religiosas.

En los dos mensajes presidenciales, al comienzo y al fin de la visita, apareció clara la valoración de las palabras y las actitudes que proceden de las convicciones religiosas como aportes para la robustez humana de la comunidad y para el fortalecimiento de los caminos

que conducen a la unidad, la justicia y la paz, de tal manera que estos conceptos no queden en el orden de las ideas sino puedan pasar al de las realidades.

El Presidente personificó, en el Papa y en su misión, el anhelo de justicia solidaria y apeló a la fuerza espiritual de los mexicanos: «...usted representa el afán de justicia que debe de estar en el corazón de cada ser humano y que debe guiar la tarea diaria de toda persona y toda sociedad... lo recibimos con júbilo y esperanza, pues usted siempre ha exaltado el valor de la solidaridad que nos mueve a ayudarnos unos a otros, a sumar voluntades, a que cada uno se sienta más fuerte, apoyado en la fortaleza de todos. Recibe a Su Santidad un pueblo que sufre carencias en lo material, pero que tiene una inmensa riqueza espiritual. Esa riqueza espiritual nutre el esfuerzo y la perseverancia del pueblo de México para multiplicar las oportunidades, disminuir las desigualdades que tanto nos lastiman y lograr una vida digna para todos».¹

Después de resumir a su manera, no sin «llevar el agua a su molino» —por ejemplo al hablar de «protagonismos vanos», frase expresada en Chiapas el año pasado— el contenido social de las intervenciones papales en los días de su estancia en el país, concluyó el Presidente trazando un proyecto de dos vías: «La visita de Su Santidad también ha dejado a los mexicanos mejor preparados para que, con su esfuerzo y perseverancia, construyamos un progreso duradero y equitativo; un progreso con genuino rostro humano, un progreso que sea base firme de una vida digna para todos. «La visita de Su Santidad ha dejado a todos los mexicanos mejor preparados para procurar siempre el diálogo sincero y fecundo, para sumar nuestras voluntades a fin de lograr los acuerdos que sean caminos seguros de prosperidad y de justicia».²

Si el intercambio de mensajes y de signos con el Presidente —pues hay que tener en cuenta también la tierra llevada en manos de niños de distintas regiones del país en la bienvenida, así como el ambiente religioso y festivo de quienes estuvieron presentes en los jardines de la residencia presidencial— reviste amplio interés y da pie para comentarios de fondo, el discurso pronunciado por el Jefe de Gobierno de la ciudad de México, **Cuauhtémoc Cárdenas**, tiene aún más elementos que llaman la atención.

La ceremonia, de antigua cepa, de la entrega simbólica de las llaves de la ciudad, estuvo enmarcada por una alocución que, en su contenido, sobrepasó el espacio de la ciudad, hizo alusión interpretativa a etapas y personas de la historia de la nación y, sobre todo, tendió puentes —inéditos para un miembro del gobierno mexicano en casi siglo y medio— con elementos católicos de la cultura trazando una línea humanista de enlace.

La fuerza principal del discurso la situó en la incapacidad de «los modelos económicos dominantes para resolver los problemas de las grandes mayorías de la población». Esos modelos, transformados en políticas han sido —afirmó— antisociales y han deteriorado, en muy variados ámbitos, la vida y la convivencia. Apoyándose en las palabras papales pronunciadas en Puebla en 1979, subrayó que «no hay regla económica capaz de cambiar por sí misma estos mecanismos (impregnados no de auténtico humanismo sino de materialismo). Hay que apelar en la vida internacional a los principios de la ética, a las exigencias de la justicia, al mandamiento primero que es el *amor*. Hay que darle la primacía a lo moral, a lo espiritual, a lo que nace de la verdad plena sobre el hombre».³ Enfatizó de esa manera «la toma de conciencia sobre el lugar principa-

lísimo que en las políticas públicas deben ocupar las cuestiones de la gente».

Cárdenas, colocándose en una plataforma secular —podríamos decir laica, no laicista— dirigió una mirada a la configuración cultural de México. «...por razones evidentes, son muy amplias y decisivas la presencia y las contribuciones, incluso con sus confrontaciones, de la Iglesia católica. En el mundo secularizado de hoy es posible advertir, ya sin las pasiones de otras épocas, el significado de la cultura religiosa en la formación de los valores del humanismo que identifican pueblo y nación. Enumeró una larga lista de católicos destacados, casi todos religiosos o sacerdotes sin excluir a fray **Bartolomé de las Casas** (quien no fue mencionado en los textos papales) y llegando hasta nuestros días con **Alfonso Méndez Plancarte** y **Angel María Garibay**. Fue notorio que al hacer referencia a los precursores y próceres de la independencia fue más adelante que la generalidad de quienes los mencionan, asumiendo los resultados de las investigaciones más recientes: «En todos ellos y en muchos más la fe resultó una componente esencial de su acción».

37 No abría que dejar sin anudar los hilos sueltos del discurso citado. La cultura mexicana no tiene por qué construirse sin las aportaciones católicas y la cultura católica no puede realizarse sólo a la manera de un producto de consumo interno. Obligación de todos, pero principalmente de los que expresan su pensamiento y ayudan a configurar la opinión pública, es asumir este quehacer, constructor inequívoco de identidad creativa y de ingreso de porvenir, lector de la sana tradición que define nuestro ser y garantía para un modelo que no deje sólo en palabras desnudas el impacto y la solidez del Evangelio. De manera especial, la dimensión social y

ética de los lineamientos económicos requiere optar por la vertebración cultural de valores solidarios en verdad.

Al buscar la fuente citada en el discurso del Jefe de Gobierno de la ciudad de México encontré, cerca de las frases recogidas, estas otras de tremenda actualidad, puestas por **Juan Pablo II** a la reflexión en enero de 1979: «...adquiere carácter urgente la enseñanza de la Iglesia, según la cual sobre toda propiedad privada grave una hipoteca social. Con respecto de esta enseñanza, la Iglesia tiene una misión que cumplir: debe predicar, educar a las personas y a las colectividades, formar la opinión pública, orientar a los responsables de los pueblos. De este modo, estará trabajando en favor de la sociedad, dentro de la cual este principio cristiano y evangélico terminará dando frutos de una distribución más justa y equitativa de los bienes, no sólo al interior de cada nación, sino también en el mundo internacional en general, evitando que los países más fuertes usen su poder en detrimento de los más débiles.

«Aquellos sobre los cuales recae la responsabilidad de la vida pública de los Estados y naciones deberán comprender que la paz interna y la paz internacional sólo estará asegurada, si tiene vigencia un sistema social y económico basado sobre la justicia.

«**Cristo** no permaneció indiferente frente a este vasto y exigente imperativo de la moral social. Tampoco podría hacerlo la Iglesia. En el espíritu de la Iglesia, que es el espíritu de **Cristo**, y apoyados en su doctrina amplia y sólida, volvamos al trabajo en este campo.

«Hay que subrayar aquí nuevamente que la solicitud de la Iglesia mira al hombre en su integridad.

«Por esta razón, es condición indispensable para que un sistema económico sea justo, que propicie el desarrollo y la difusión de la instrucción pública y de la cultura. Cuando más justa sea la economía, tanto más profunda será la conciencia de la cultura. Esto está muy en línea con lo que afirmaba el Concilio: que para alcanzar una vida digna del hombre, no es posible limitarse a tener más, hay que aspirar a ser más (cfr. *Gaudium et Spes* 35).

«Bebed pues, hermanos, en estas fuentes auténticas. Hablando con el lenguaje del Concilio, de **Juan XXIII**, de **Pablo VI**: es el lenguaje de la experiencia, del dolor, de la esperanza de la humanidad contemporánea.

«Cuando **Pablo VI** declaraba que el desarrollo es el nuevo nombre de la paz (cfr. *Populorum Progressio* 76-79), tenía presentes todos los lazos de interdependencia que existen no sólo dentro de las naciones, sino también fuera de ellas, a nivel mundial. El tomaba en consideración los mecanismos que, por encontrarse impregnados no de auténtico humanismo sino de materialismo, producen a nivel internacional ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres».⁴

La cordialidad y el entendimiento entre la Iglesia y el Estado en México no pueden llevar al olvido de la búsqueda de estructuras justas y de la tarea de configurar un espacio público donde la siembra del Evangelio pueda fructificar. A la denuncia vigorosa ha de seguir la vertebración de personas e instituciones auténticamente humanas, sin desfallecer en el camino. Son muchos los temas comunes que deben ser afrontados con seriedad y perseverancia, no sólo en declaraciones de reacción o motivadas por circunstancias o presiones. A México le hace falta

el cotidiano servicio de la reflexión desde la fe sobre las huellas del tiempo y los caminos de la historia. A los forjadores de cultura, el servicio de los testigos y pensadores católicos y la presencia inquietante de la «sangrienta flor del cristianismo», frase con la que definía a la fe que se hacía cultura **Paul Claudel**.

En mayo de 1990, el Papa planteó de modo definido los trabajos que había que emprender y continuar, a partir de la creación de un clima de confianza en favor de la auténtica libertad religiosa que había de plasmarse en el orden jurídico y en favor de una cultura abierta a la reflexión inspirada por los valores cristianos.⁵ En enero de 1999, sintetizó la temática en estas líneas: «...he sentido nuevamente el latir de este noble pueblo, que con tanto afecto me recibió en mi primer viaje apostólico fuera de Roma, al inicio de mi ministerio petrino. En su acogida veo el fiel reflejo de una realidad que se abre camino en la vida mexicana: la de un nuevo clima en las relaciones respetuosas, sólidas y constructivas entre el Estado y la Iglesia, superando otros tiempos que, con sus luces y sombras, son ya historia. Este nuevo clima favorecerá cada vez más la colaboración en favor del pueblo mexicano».⁶

Habrà que estar pendiente, me parece, en la puesta en escena con mucho esfuerzo de los sustantivos en que pueden convertirse los adjetivos usados por Su Santidad: respetó, solidez y construcción, dándoles dinamismo «en favor del pueblo mexicano».

Luces y sombras de la organización de la visita de 1999

No puede ponerse en duda que la diferencia en el clima jurídico marcó matices de importancia en la forma de motiva-

ción, organización y financiamiento de los eventos públicos realizados durante las visitas papales. Tampoco el hecho de que, a pesar de la huella del paso del tiempo, el carisma papal se encuentra intacto y que, tratándose de un pueblo que fácilmente disculpa, la reflexión acerca de los entretelones de la visita podría quedarse en sentimiento reprimido.

En 1979 el anuncio del viaje a México fue sorpresivo, hecho por el propio **Juan Pablo II** en Roma y la organización recayó de modo fundamental, por instrucciones del Presidente **José López Portillo**, en el Estado Mayor Presidencial. Si bien ningún acto realizado fue improvisado, ninguna homilía o discurso dejó de atender puntualmente a la fe y a la repercusión ambiental —baste tener en la mente la homilía en la catedral de México sobre la fidelidad y sus características y pruebas o el discurso de apertura de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla— la espontaneidad de las manifestaciones populares y el encuentro entre el pastor y el pueblo no únicamente abrió las puertas a caer en la cuenta de la enorme importancia de la fuerza de los valores religiosos en la sociedad, sino a comprender que sin incluir estos elementos, no era posible comprender y asumir la misma historia, cultura y realidad de la nación mexicana. El Pontífice marcó el derrotero de su ministerio en base a esta extraordinaria experiencia de vitalidad de la fe en medio de un espacio que podía considerarse secularizado y la imagen impresa en la memoria de este pueblo colorido y de la situación «surrealista» de la Iglesia en México, incentivaron buen número de líneas de acción que han estructurado su ministerio.⁷

Salvo alguno insistentes artículos de **Manuel Buendía**, que hicieron referencia entonces a los «grandes gastos»

de la visita del Papa de modo meramente cuantitativo y no cualitativo, el paso de **Juan Pablo II** por México y América Latina en esos días fuertes, definió la ruta de muchas tareas y le dio ánimos a la Iglesia para comprometerse con una realidad en movimiento. Esto lleva a entender, como punto de flexión, de llegada y partida, el pronunciamiento solemne y programático que hizo el 12 de mayo de 1990 ante los obispos de México, cuando ya habían pasado once años desde que se había puesto en el ámbito de la discusión el caso mexicano como extraño en el ámbito internacional, drásticamente modificado, además, con los cambios ideológicos en Europa oriental y central de 1989:

«...tema que ciertamente os preocupa, como pastores de la Iglesia en México, es el de la presente legislación civil en materia religiosa, por sus innegables y múltiples repercusiones en la vida de vuestras comunidades eclesiales. A este respecto, hago mías las palabras pronunciadas por Mons. **Adolfo Suárez Rivera**, Arzobispo de Monterrey y Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, en su discurso inaugural de la última Asamblea Plenaria: «La Iglesia en México quiere ser considerada y tratada no como extraña, ni menos como enemiga, a la que hay que afrontar y combatir, sino como una fuerza aliada a todo lo que es bueno, noble y bello». Por otra parte, habéis reiterado con firmeza la enseñanza del Concilio Vaticano II, de que la Iglesia «no pone su esperanza en privilegios dados por el poder civil» (*Ibid.*), recordando además a los clérigos la prohibición canónica de participar en el ejercicio de la potestad civil (cfr. Catic 285, 3). «Asimismo, en un Estado de derecho, el reconocimiento pleno y efectivo de la libertad religiosa debe ser a la vez fruto y garantía de las demás libertades civiles».⁸

La organización de las jornadas de enero de 1999 difirió de la de las ocasiones anteriores en buen número de puntos y varios de estos requieren un acercamiento crítico que no es, de ningún modo, irrespetuoso sino saludable y obligatorio. Creo que conviene hacernos conscientes de la necesidad de contribuir a la maduración de la opinión pública.

La participación de la Conferencia Episcopal se vio disminuida y diluida y la de organismos de reciente estructuración en la Arquidiócesis de México ampliada desproporcionadamente. Esto, desde luego, recibió una justificación: la visita papal, si bien estaba dirigida a todo el continente americano, se concentraba en la arquidiócesis primada. No obstante, se anunció desde mucho tiempo antes que la concentración del domingo 24 en el área del autódromo estaría formada por peregrinos de todo el país y se distribuyeron proporcionalmente (en cuanto a número, no en cuanto a calidad participativa) boletos a todas las diócesis. En vano esperamos allí un saludo del Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano. En vano también, en algún otro sitio, la presencia destacada de representantes del episcopado de Estados Unidos, Canadá y América Latina. Es conveniente recordar, a manera de comparación que habla de una comprensión de la Iglesia en tono con el Concilio Vaticano II, que antes de que el Papa pronunciara sus primeras palabras en México en su primera venida —pues no hubo discursos en el aeropuerto— en la propia Catedral Primada fue saludado por el Cardenal **José Salazar**, entonces Presidente de la CEM.

Con ocasión de las visitas de 1979 y de 1990 se acuñaron sendas medallas conmemorativas cuyo flujo económico sirvió para ayudar a ciertos financia-

mientos, y aportó apoyos importantes para obras de la Iglesia en México. En la ocasión más reciente, a pesar de que se había dicho que se tomaría la decisión en conjunto, a los obispos solamente se les informó en una reunión en Toluca en agosto de 1998 y al Presidente de la CEM se le pidió que enviara una carta a los obispos cuando a quienes tomaron unilateralmente a su cargo la acuñación les resultó difícil publicitarlas y colocarlas en el mercado. Ojalá algunas obras eclesiales puedan verse beneficiadas.

Por otra parte, la visita pastoral realizada por cuarta vez por el Santo Padre a México contó con una aportación motivadora hecha sobre todo en la televisión y en unión de productos de consumo que rebasó en puntos específicos, me parece, los límites de la discreción, del respeto a los valores de la religión, a la recta comprensión del ministerio petrino y que debería ser confrontada cuidadosamente con los propios pronunciamientos de la Iglesia en cuanto a la ética en los medios.

El caso más notorio fue la presentación manipulada de un mensaje genérico de exhortación a colaborar para la buena realización de la visita videograbado por el Cardenal **Norberto Rivera** dentro de un anuncio para la venta de paquetes de papas fritas que contenían estampas papales y de la Virgen de Guadalupe. El rechazo a esta publicidad fue unánime y aunque la visita papal, con su grandeza, superó los daños causados en la sensibilidad mexicana, no puede dejarse pasar un hecho así como si fuera una simple anécdota y menos dejar de exigir responsabilidades a quienes aprobaron algo de tan mal gusto, por decir lo menos. Las caricaturas que aparecieron en algunos periódicos —sobre todo *La Jornada*— a este propósito lastimaron fibras tan sensibles como el respeto a la Eucaristía y no fueron

únicamente responsabilidad de sus autores, sino también de aquellos que permitieron que se utilizara la cercanía lingüística, que no conceptual, entre el Papa y las papas, encontrada por una agencia publicitaria, para esos anuncios. No puede creerse que no haya sido aprobada irresponsablemente por el Comité Organizador del área respectiva.

Varias narraciones visuales breves, insertadas en la programación de la televisión, relacionaron la figura del Santo Padre de manera directa con algo que puede ser entendido como milagro, sin aludir, con el tino teológico que podía justamente esperarse, a la acción de **Jesucristo** en la Iglesia, expresada a través de acciones de sus miembros: mediante la tarea pastoral cotidiana de los obispos y presbíteros, a través de la oración y fidelidad de los laicos y, sobre todo, por los sacramentos. Aislar el ministerio papal de la presencia activa de **Jesucristo** en su Iglesia fue un riesgo que atajó muy adecuadamente el Concilio Vaticano I en el siglo XIX ante los excesos del fideísmo. Cierta canalización de la doctrina católica y el reduccionismo del papel del Papa en unión con la Iglesia, la sensiblería y el hecho de descalificar como «faltos de amor al Papa» a quienes exigen mayor respeto a posturas teológicas más matizadas, daña gravemente la expresión de la fe y la expone a la crítica y casi a la burla en círculos no católicos. El desenfoque de las narraciones visuales a las que me he referido fue también compartido por el texto firmado por el canónigo **Jesús Guizar** que con el título de *Catecismo del Papa* se difundió profusamente antes y durante la visita papal. El servicio a la fe que deben proporcionar los teólogos no estuvo a la altura de los requerimientos.

La dimensión publicitaria y las aportaciones económicas empresariales ligadas

a productos diversos de uso y ornato, se manejaron en la ocasión más reciente a través de contratos «de uso de marca» que, a pesar de haber sido redactados por un despacho de abogados muy prestigiado, no tomaron en cuenta a la Conferencia Episcopal y sólo indirectamente a la nunciatura apostólica. En ellos se habló en referencia a la parte eclesial —por decirlo de alguna manera— de la «Santa Sede» (con lo que jurídicamente lo habrían convertido en un contrato de índole internacional), la Arquidiócesis Primada de México y el Fideicomiso Villa de Guadalupe, entidad relacionada con la propia Arquidiócesis. Valdrá la pena considerar si este sistema guardó la equidad necesaria, sobre todo teniendo en cuenta que el consumo de productos fue al menos nacional y si en algo redituó en favor de tareas eclesiales urgentes.

Tanto en la visita de 1979 como en la de 1990, las acreditaciones a los medios de comunicación impresos y electrónicos fueron realizadas por la Comisión Episcopal respectiva. En 1999 fue la Comisión de la Arquidiócesis de México —tal vez con la anuencia de la Comisión Episcopal— la que manejó este punto prácticamente al arbitrio de sus miembros. Los pagos correspondientes fueron hechos a Comunicación Humana, A.C., la personificación jurídica civil de la Comisión citada. No se otorgó la acreditación o se les pusieron dificultades a destacados comunicadores por razones ajenas a la ética profesional y, en el caso de las transmisiones de televisión (Televisa, Televisión Azteca y Multivisión) se pretendió que la asesoría sacerdotal estuviera casi totalmente en manos de la congregación religiosa de los Legionarios de Cristo.

Esta pretensión trajo resultados que conviene comentar: la presentación en

los programas previos realizados por Televisión Azteca de participantes en mesas redondas que no representaban la legítima pluralidad eclesial ni tenían conocimientos más allá de lo elemental capacidad de comprensión y escucha, la desagradable e injusta descalificación de la actualidad del Concilio Vaticano II hecha por el Padre **Jácome, L.C.**, Director de la Escuela de la Fe en Multivisión y la interrupción constante con obviedades —por ejemplo, «ahora el Papa se acerca al altar»— de las celebraciones litúrgicas por los sacerdotes que asesoraron a Televisión Azteca. Personas de altura moral y calidad humana notable fueron excluidas de la participación en los medios mexicanos, pero felizmente fueron invitadas en las transmisiones de radio y televisión vaticana. Además, aprovechando la situación, los encargados de la página de Internet de la Arquidiócesis de México, colocaron, enseguida de los discursos papales, un artículo sin firma que, tomando como pretexto unas palabras papales en el avión que lo conducía a México, criticaba de forma recia pero superficial la «teología india» y, sobre todo, pretendía descalificar a Mons. **Samuel Ruiz**, obispo de San Cristóbal de las Casas. Exigir responsabilidades resulta obligado y cristiano. Callar sería complicidad, por lo menos, con la mediocridad. Espero que una situación como esta jamás se repita.

Algo que rayó en el escándalo, fue la abierta preferencia dada por los organizadores de los eventos papales al grupo «Regnum Christi», organismo laical de los Legionarios de Cristo. Sus gritos en las cercanías del altar en el autódromo «Hermanos Rodríguez» evidenciaron, más que un cariño entendible y justo al Pontífice, la contrastante frescura de quienes entraron al recinto privilegiadamente poco tiempo antes del inicio

de la celebración, frente al cansancio abnegado y digno de la infantería del laicado de la Iglesia formada por personas y grupos llegados del país entero que enfrentó frío, hambre, desorganización y discriminación durante largas horas para apenas mirar de lejos a **Juan Pablo**. ¿Quiénes amarán más al Papa y serán más amados por él?

Creo que ha llegado el momento de reflexionar públicamente y no sólo de criticar en privado, este tipo de situaciones que se permiten con el pretexto de cercanía y cariño del propio Santo Padre. Es cierto que en la alocución dirigida por **Juan Pablo II** al último Capítulo General de los Legionarios de Cristo, éste hizo mención a su orientación de ayuda a los obispos en las áreas de la educación, la familia y los medios de comunicación social, pero es aún más cierto que ellos sólo son una de las múltiples formas legítimas de servir en la Iglesia y de auxiliar el ministerio del Papa y de los obispos. Nadie tiene exclusivas en el servicio del Evangelio.

Se dio todavía otro hecho que invita a ser considerado, por su enorme irresponsabilidad y desproporción, y que no es justificable por el alto grado de emotividad del contexto en el que se dio: durante el tiempo de espera de la llegada de Su Santidad al Estadio Azteca, un sacerdote que tuvo en sus manos el micrófono dio la absolución general a todos los presentes «para que recibieran al Papa en gracia». No es posible pensar en que un acto de esa índole no merezca sanción canónica. No se daban en ese momento ninguna de las exigentes condiciones que requiere la absolución sin previa confesión, ni siquiera la recepción del sacramento de la Eucaristía, pues ahí no había celebración eucarística. Es doloroso que de tal forma se le haya faltado al respecto a los sacramentos.

Es necesario, creo, que todos y cada uno de estos puntos que he puesto a la vista sean pensados, asumidos y superados con la madurez que es de esperar en quienes nos consideramos discípulos de **Jesucristo** y queremos una Iglesia creíble y servidora de las más nobles causas de la humanidad. La bondad del Santo Padre, su desgaste y esfuerzo, no merecen manipulación y falta de respeto. La bondad y nobleza de un pueblo, tampoco.

Hacia el encuentro con Jesucristo vivo

Visita memorable, henchida de frutos, atravesada por la alegría y llena de bendición y amor fue la realizada, con motivo de la proclamación del resultado de la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para América, al Santuario de la Virgen de Guadalupe y a México, «capital eclesial del continente americano» por Su Santidad **Juan Pablo II**. La gratitud brota con espontaneidad y la luz irradiada por una palabra limpia y de claros signos de entrega supera toda sombra. La huella del paso del tiempo en un cuerpo gastado transparentó, más que otras veces, la lucidez de un espíritu intrépido. A nadie pudo dejar indiferente la presencia de este «gladiador de la vida», como en atinada frase calificó al Papa el periodista **Joaquín López Dóriga**: «A nadie dejó indiferente este paso amoroso».

En esta ocasión, nuevamente, la importancia de sus mensajes es singular y digna de acogida, estudio, comentario y puesta en práctica. Caminemos por una especie de guía antológica de sus palabras.

La columna vertebral de lo expresado en estos espléndidos días en México está dicho linealmente en el título de la exhortación postsinodal que firmó y

entregó el primer día de su estancia y que es al mismo tiempo proyecto y deseo, casi plegaria: «encuentro con **Jesucristo** vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América». Desde lo más hondo de la experiencia religiosa y cristiana de este continente en el que se encuentra la frontera entre el Norte y el Sur, entre la riqueza y la pobreza, ha de surgir la posibilidad de un continente humano inspirado en el Evangelio y sus valores trascendentes, no pocas veces olvidados o vilipendiados, integradores de personalidades equilibradas y generosas y sustento de una civilización de esperanza y amor. El Papa, en el contenido mismo de la exhortación y en las palabras de despedida que pronunció casi a punto de partir, puso en claro su confianza en el ímpetu de una tarea evangelizadora que ha de realizarse con cariño y apertura: «...quiero reafirmar mi plena confianza en el porvenir de este pueblo. Un futuro en el que México, cada vez más evangelizado y más cristiano, sea un país de referencia en América y en el mundo...».⁹

Desde ese punto de partida, eminentemente religioso, se fue construyendo el mensaje legado a América y a México. Es la conciencia de ser servidor de la fe y de la verdad la que le da al Santo Padre la libertad y autoridad para haber dicho con congruencia y valentía, haciéndose voz de los que no tienen voz: «¡Virgen Santa de Guadalupe, Reina de la paz! ¡Salva a las naciones y a los pueblos del continente. Haz que todos, gobernantes y ciudadanos aprendan a vivir en la auténtica libertad, actuando según las exigencias de la justicia y el respeto de los derechos humanos, para que así se consolide definitivamente la paz!». «¡Que el continente de la esperanza sea también el continente de la vida! Este es nuestro grito: ¡vida con dignidad para todos!».¹⁰

«La fe en **Cristo** es parte integrante de la nación mexicana, estando como grabada de manera indeleble en su historia. ¡No dejen apagar esta luz de la fe! México sigue necesiándola para poder construir una sociedad más justa y fraterna, solidaria con los que nada tienen y que esperan un futuro mejor». «...¡Que ningún mexicano se atreva a vulnerar el don precioso y sagrado de la vida en el seno materno!».¹¹ «Existe... una íntima relación entre la Cruz de **Jesús** —símbolo del dolor supremo y precio de nuestra verdadera libertad— y nuestros dolores, sufrimientos, aflicciones, penas y tormentos que pueden pesar sobre nuestras almas o echar raíces en nuestros cuerpos.

El sufrimiento transforma y sublima cuando se es consciente de la cercanía y solidaridad de Dios en esos momentos. Es esa la certeza que da la paz interior y la alegría espiritual propias del hombre que sufre generosamente y ofrece su dolor como hostia viva, consagrada y agradable a Dios (*Rm 12, 1*). El que sufre con esos sentimientos no es una carga para los demás, sino que contribuye a la salvación de todos con su sufrimientos.¹² «¡América, tierra de **Cristo** y de **María**! Tú tienes un papel importante en la construcción del mundo nuevo que el Concilio Vaticano II quiso promover. Debes comprometerte para que la verdad prevalezca sobre tantas formas de mentira; para que el bien se sobreponga al mal, la justicia a la injusticia, la honestidad a la corrupción. Acoge sin reservas la visión conciliar del hombre, creado por Dios y redimido por **Jesucristo**. Así alcanzarás la plena verdad de los valores morales, frente al espejismo de certezas momentáneas, sólo precarias y subjetivas». ¹³

«Los cristianos del siglo XXI tienen también una fuente inagotable de inspiración en las comunidades eclesiales de

los primeros siglos. Quienes habían convivido con **Jesús** o escuchado directamente el testimonio de los Apóstoles, sintieron sus vidas como transformadas e inundadas de una nueva luz. Pero debieron vivir su fe en un mundo indiferente e incluso hostil. Hacer penetrar la verdad del Evangelio, trastocar muchas convicciones y costumbres que denigraban la dignidad humana supuso grandes sacrificios, firme constancia y una gran creatividad. Sólo con la fe inquebrantable en **Cristo**, alimentada constantemente por la oración, la escucha de la Palabra y la participación asidua en la Eucaristía, las primeras generaciones cristianas pudieron superar aquellas dificultades y consiguieron fecundar la historia humana con la novedad del Evangelio, derramando, tantas veces, la propia sangre.

En la nueva era que despunta, era de la informática y de los poderosos medios de comunicación, abocada a una globalización cada vez más fluida de las relaciones económicas y sociales, ustedes, queridísimos jóvenes, y sus coetáneos tienen ante sí el reto de abrir la mente y el corazón de la humanidad a la novedad de **Cristo** y a la gratitud de Dios. Sólo de este modo se alejará el riesgo de un mundo y una historia sin alma, engreída de sus conquistas técnicas pero carente de esperanza y de sentido profundo». ¹⁴

La espléndida riqueza que contienen los párrafos anteriores dejados en México como semilla sembrada en espera de riesgo, constituye el haz de retos que quedan presentes y que, mediante el compromiso, podrá alimentar una esperanza sólida basada en la entrega al trabajo y no en la vacuidad resignada o milagrosa. A más de un mes del regreso del Pontífice a Roma, la emoción se ha interiorizado y se ha convertido en silencio. Este podrá ser fecundo y difusivo o, por el contrario, egoísta y en camino

de marchitarse. Toda emoción enriquece pero también puede evaporarse.

Todo dependerá de cómo los católicos seamos capaces de asumir el desafío de la escucha de la palabra de Dios que se ha difundido y difunde en los «signos de los tiempos» que viven en el seno de una humanidad plural y cansada, sedienta de trascender la opacidad del peso de la lucha cotidiana pero inmersa en una crisis de credibilidad a palabras e instituciones. Todo dependerá de la capacidad de respeto a toda persona, independientemente de su afiliación sociopolítica y del rechazo a los prejuicios y a la postura farisaica de los que se creen «buenos».

La configuración vital de los valores trascendentes no depende sólo de la exhortación y mucho menos del reclamo. Es meta y tarea de una paciente pedagogía de la fe y requiere, en primer sitio, la facilitación del encuentro con **Jesucristo** vivo que se construye en la sinceridad de la vida familiar y en la calidez de los recintos de acogida, comprensión, crecimiento y perdón a los que la Iglesia está invitada y obligada a crear a causa de su íntima vocación comunitaria. Como lo subrayó el Papa, ningún miembro de la Iglesia puede olvidar, soslayar y menos despreciar la formidable irrupción del Espíritu que constituyó para nuestra generación y muchas más el Concilio Vaticano II con sus enseñanzas de extraordinario valor y su congruencia con la esencia más nítida de la Tradición; todo intento contrario viene seguramente del Maligno y está en contradicción con la voluntad divina y su designio de salvación.

Estamos frente a emocionantes desafíos que nos permiten ir descubriendo los senderos que, a las puertas del nuevo milenio, están siendo trazados y abiertos: senderos de luz, amor y compromiso.

Vislumbrando este milenio, entonces más lejano, el Papa Pablo VI lo describía como abierto y posible gracias a nuestra insistencia ante la misericordia divina y como propicio para el desarrollo de la «civilización del amor» en el corazón de una humanidad «finalmente cristiana».¹⁵ Esta imagen de la Iglesia es posible y será herencia de nuestra generación a las venideras si los pasos que damos, fincados en la verdad, comienzan y continúan roturando los surcos de una historia difícil y dándole sobre todo vigencia al punto clave de la conciencia religiosa de todos los tiempos: la distinción entre el bien y el mal en acciones, omisiones, palabras, silencios, proyectos y estructuras humanas.

Un peregrino vestido de blanco, cargando en sus espaldas el peso de la vida, se perdió a la vista detrás de la puerta recién cerrada de un avión nuevo y resplandeciente diciendo adiós a México, a «nuestros colores, nuestros sabores, nuestros cantos».¹⁶ Dejaba en los corazones la certeza de una bendición que llenaba de gozo y que, a la vez, responsabilizaba.

Signos y palabras están ahí, en la memoria y en el impulso de porvenir. Ojalá,

como el rocío matinal, alienten y dirijan no pocas conciencias dormidas ■

Notas:

1. Bienvenida en el aeropuerto de la ciudad de México, 22.I.99.
2. Discurso de despedida en el aeropuerto de la ciudad de México, 26.I.99.
3. Cfr. Discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla, 28.I.79.
4. *Ibid.*
5. Cfr. Discurso a los obispos de México, Cuautitlán Izcalli, 12.V.90.
6. Discurso de despedida en el aeropuerto de la ciudad de México, 26.I.99.
7. El término «surrealista» fue usado por el Papa en la entrevista de prensa dada en el avión que lo conducía Corea del Sur en 1989.
8. Discurso a los obispos de México, Cuautitlán Izcalli, 12.V.90.
9. Discurso de despedida en el aeropuerto de la ciudad de México, 26.I.99.
10. Homilía en la Basílica de Guadalupe, 23.I.99 (Este último fue pronunciado en inglés).
11. Homilía en el Autódromo Hermanos Rodríguez, 24.I.99.
12. Mensaje a los enfermos en el hospital López Mateos, 24.I.99.
13. Mensaje a todas las generaciones de este siglo, Estadio Azteca, 25.I.99.
14. *Ibid.* 11.
15. Cfr. PABLO VI, Homilía en la clausura del Año Santo, 25.XII.75.
16. ZEDILLO E., Bienvenida en el aeropuerto de la ciudad de México, 22.I.99.

ESCUCHE NUESTRO PROGRAMA RADIOFÓNICO

Reflexiones

Sintonícelo todos los jueves a las 20:00 hrs., en Morena 89.7 FM



Un programa diferente que busca ayudar a formar la conciencia social solidaria

Participe, opine, tenemos un lugar reservado para usted



Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana

Conductora: Angeles Corte
Tel. en cabina: 56 63 03 40
Correo de voz: 56 61 82 42